

DEL AUTOR

POESÍA

Intimidades (tercera edición).
Luchas (tercera edición).
Flores de almendro (segunda edición).
Confidencias (segunda edición).
La copa del rey de Thule (tercera edición).
El alto de los bohemios (segunda edición).
Rapsodias (segunda edición).
Las canciones del camino.
Tristitiæ rerum.
Cármén.
El Patio de los Arrayanes.
Viaje sentimental (segunda edición).
El mirador de Lindaraxa.
El Libro de Job.
Las horas que pasan
El jardín de las Quimeras.
Saudades.
In memoriam.
Bajo la lluvia.
Torre de marfil.

PROSA

Zarza florida (novela griega).
El último Abderramán (novela árabe).

EN PRENSA

Rapsodias andaluzas (poesía).
El balcón de Verona (poesía).
La Torre de la cautiva (novela).
Vida y Arte (estudios).

FRANCISCO VILLAESPESA

Torre de marfil

Prólogo

DE

PEDRO CÉSAR DOMINICI



100993

EDICIONES LITERARIAS

(Antiguas publicaciones Ollendorff)

7, RUE DE LILLE

PARIS

32528



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

PA 6641

. I 4

T 6

Es propiedad de los editores. — Derechos reservados.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

PRÓLOGO

Poeta es este de quien hablo, lector : ¡y magno! Plectro de oro, espada merovingia, casco de bronce, alabarda formidable : así le suelo ver en ocasiones, la voz ronca, el ceño adusto, de pie, de frente al mar, lanzando su queja estentórea hacia el cielo poblado de sombras. Y las golondrinas huyen, cual si las sorprendiese en la noche el huracán. Mas, atended, que otra tarde le he visto de hinojos ante una tumba, el rostro bañado en lágrimas, despeinado el cabello, lacios los brazos, inclinado el cuerpo, y sumiso, en la más noble mansedumbre. Y hele visto también casi loco, derrochando flores, rompiendo pomos de perfumes, cantando canciones sensuales en orgiásticos festines; y vestido de harapos, vagando por caminos solitarios, la lira rota, apoyado en la fuerte vara de peregrino, sin atreverse á entrar en

la ciudad, temeroso de no sé cuáles castigos y de no sé cuáles imaginarias persecuciones.

He ahí la Musa de este poeta español orgulloso y triste, mezcla extraña de fortaleza y debilidades, para quien la rima no posee arcanos ni el númen misterios. Bohemio irresoluto, Francisco Villaespesa ama el otoño, los crepúsculos y la pálida luna, y ha sabido cantar, con acentos inolvidables, cementerios y templos ruinosos, inviernos, antiguas casas abandonadas, aldeas desiertas, amargas y mudos infortunios. Algunos de sus libros tienen la belleza triste y heráldica del cisne, y en ellos la Musa vaga como Ofelia, envuelta entre albos velos, coronada de rosas blancas, cual rubia desposada. No ama ; recuerda. No vive : sueña. Alegría y esperanza duermen entonces en féretro de pórfido, enlazadas, cual dos vírgenes apenas núbiles, y en el alma del poeta surgen, en mórbida obsesión, la imagen de la Muerte y el perfil trágico y adusto del Vencimiento.

Mas luego en el alma del poeta sale el sol y la Primavera canta. Hay rosas en sus jardines ; y la rama del mirto, frágil y seductora, semeja, entre los rosales fragantes, la mano de una cortesana que invita al amor. Oyense besos y risas en esos

otros libros de Villaespesa. Y se ama la vida con cierta voluptuosidad pagana, encantadoramente brutal, que embriaga y seduce, como el abrazo faunescos de dos enamorados sobre el césped, en la campiña ardorosa, bajo el cielo azul.

Don Francisco Villaespesa es, á mi juicio, el primer poeta joven de España. Habrá tal vez quien le supere en dulzura de guzla, en suaves eufemismos de lenguaje, en leves actitudes parnasianas ; pero ninguno le iguala en vigor, en riqueza de imágenes, en selecta abundancia. Su fecundidad pasma. Hombre es éste que se escribe un libro de trescientas páginas en treinta días, sobre todo si sus necesidades le urgen y fáltale el mendrugo de oro. Echado en la cama, el perenne cigarrillo en los labios, los versos cantan y vuelan cual abejas multicolores, hasta posarse, como en la celda de la colmena, en las blancas cuartillas que el poeta llena y separa rápidamente, con cierto ademán ritual. Su Musa no se vulgariza en la incesante procreación : ni cansa ni se cansa. Por el contrario, aparece en cada nuevo libro más dueña de sí misma, más hábil y perfecta. Como en la ninfa predestinada de la leyenda germánica, la fecundidad la purifica ; y puede afirmarse, sin temor

de ser desmentidos que los veinte libros que lleva publicados Villaespesa, de la exquisita COPA DEL REY DE THULE á esta ática TORRE DE MARFIL, van en visible aumento de perfección en el estro y en la forma. ¡Qué abismo entre el Villaespesa decadentista de LOS MURCIÉLAGOS y otras composiciones que saben á ajeno y que recuerdan á Mallarmé, á Verlaine y á Poe, y el actual Villaespesa de rima helénica y estrofa mármorea! Á la verdad, el verso suyo ha evolucionado con su espíritu. Ya no sale nuestro hombre como antaño disfrazado de moro á beber cerveza en las tabernas de la Puerta del Sol, ni se está ocho días sin regresar á casa, sembrando angustia entre los que bien le quieren. Es cuasi ciudadano burgués, que cena á horas fijas y se mete en el lecho á horas discretas. Empero, su amor al moro ha subsistido; y en el convencimiento de que no puede continuar dándole un libro cada mes al editor para ir viviendo, ha comenzado á escribir obras para la escena, que hoy son las que dan fama y dinero. Su primera tragedia, próxima á estrenarse en un gran teatro de Madrid, será corona triunfal para la gloria de Francisco Villaespesa. El ALCAZAR DE LAS PERLAS, nombre anti-

guo de Granada, es obra de intensa belleza, activa y fuerte, admirable derroche de versificación, gala esplendente de rimas que la emoción y la acción encadenan con trajes suntuosos y pedrerías deslumbrantes y en la cual revélase Francisco Villaespesa gran poeta dramático.

Justo era que llegase para este infatigable cantor de bellezas el día de la victoria remuneradora, cuando, entre la rosas y los lirios del jardín de sus trovas, surgiese el alto laurel majestuoso que amparase con sus ramas inmortales al poeta y á su lira.

Eso bastaría para que TORRE DE MARFIL marcara época en la historia de nuestro poeta y fuese uno de sus libros predilectos: por haber precedido á un cambio radical de su fortuna y su destino. No todos los viajeros pueden señalar con tales mármoles la senda que atraviesan. En cuanto al lector, le bastará hojear el libro para oler incienso y saborear la miel.

PEDRO CÉSAR DOMINICI.

Madrid, 1911.

Á SANTIAGO ARGUELLO

fraternalmente

EL AUTOR.

Madrid, 3 de marzo de 1910.

TORRE DE MARFIL

À Myriam.

TORRE DE MARFIL

¡ Tanto frescor de primavera
y tantas músicas de abril,
guarda mi alma prisionera
en su alta torre de marfil,

que hasta el dolor que llega á verme
bajo la sombra de un rosal
cierra los ojos y se duerme,
la mano puesta en su puñal!

Como un Sultán paso mis días,
y las pupilas sólo ven
danzar desnudas alegrías,
¡ las odaliscas de mi harem !

Y así mi vida se consume
entre los brazos del amor
con la indolencia de un perfume
y la tristeza de una flor.

KASIDAS

Á Virgilio la Scola.

I

He ungido mis cabellos de violeta
y mis manos de nardo...
En la secreta
cámara de mi Alhambra de poeta
— oro, sedas y mármoles — tu aparición aguardo.

Un ensueño de ámbar arde en los pebeteros,
y á través de la abierta celosía
penetra hasta embriagarme la poesía
de la noche florida de luceros...

Te espero... Envuelta en una
fosforescente claridad de luna
llegarás hasta mí... Los surtidores
callarán, cuando pases, y hasta el viento
para embriargarse de lascivas flores
irá á tus labios á absorber tu aliento.

Vendrás de alguna fábula de Oriente,
húmedos los cabellos de rocío
sobre mis hombros á inclinar tu frente
para ahuyentar las sombras de mi hastío.

Y cuando mi ilusión desgarre el broche
de tu almaizal de luna,
surgirás á mis ojos, como una
escultura desnuda de la Noche.

Junto al blanco ajimez mi labio espera...
Mientras sueña la piel de la pantera
con el blando calor de tus caricias
y ébrio de amor tu desnudez anhelo,
á arrullarse en la noche, tienden su ráudo vuelo
las palomas de oro de las horas propicias.

¡ Juventud de la carne, juventud del ensueño,
las rosas duran poco; prodiga su perfume
antes que se deshojen. Tu jardín es pequeño
y á sus puertas, de hastío, mi vida se consume!

II

La brisa perfumada por las pomas maduras
de los huertos de octubre
hace temblar tus frágiles y blancas vestiduras
y algo de tu morena desnudez me descubre.

Con sus alas de oro nos guarda la Quimera :
vierte tu carne virgen un perfume nupcial,
mientras deshoja el viento sobre tu cabellera
todo el aroma y todas las nieves de un rosál.

Tu cuerpo exhala un bíblico olor á cinamomo ;
en tus pupilas húmedas de amor, la noche brilla ;
y mi torso se arquea para abrazarte, como
bajo el yugo, la virgen cerviz de la novilla.

Como tigre que acecha, oculto en los juncuales,
al cándido rebaño de gacelas que va
á saciar sus ardores en los frescos cristales,
así mi amor tu tímido paso acechando está !

Abrasará tu sangre el fuego que me encela,
sentirás mis zarpazos sobre tu corazón,
y miraré temblando tus ojos de gacela
bajo mis lujuriosas pupilas de león !

El vuelo de las horas apenas si se siente...
Las copas están llenas y el labio está sediento...
¡ Gocemos esta hora ! Solo es nuestro el presente...
El pasado es del polvo y el porvenir del viento.

¡ Deja, Amor, que mi labio muerda el fruto moreno
que al agitar tu túnica la brisa me descubre,
y que apure en las cálidas fragancias de tu seno
toda la miel que guardan los pomares de octubre !

I.I

Ni el potro más ligero, ni el más veloz navío,
podrán arrebatarte, Amor, del amor mío...

Te seguirá mi nave
rápida, como un ave
marina... Desplegadas las velas; los remeros,
mientras las brisas cálidas hinchan los masteleros,

curvados al esfuerzo, de relieve las duras
y bronceadas líneas de sus musculaturas...

Te seguirá mi nave sobre el azul sereno,
ó bajo el trepidante repercutir del trueno.

Y abordará la tuya por fin y desmayada
de amor entre mis brazos, como una desposada,
te llevaré á mi cámara engalanada toda
con flores y perfumes como para una boda.

Te seguirá mi potro en las noches oscuras
ó bajo un sol de llamas, por montes y llanuras.

Las lentas caravanas que cruzan el camino
le verán alejarse, igual que un torbellino,
espantando el rebaño que paca en las praderas
y haciendo aullar de rabia á las insomnes fieras.

Y alcanzaré á tu potro; y abrazada á mi cuello,
llameante como una antorcha tu cabello
destrenzado á la noche, te llevaré á mi tienda
que á la luna blanquea al final de la senda,
en el oasis verde todo lleno de flores
donde entonan un psalmo nupcial los ruiseñores.

IV

Perfuma la noche tu tibia fragancia
carnal. En tu estancia
olorosa á nardos, á sedas, á ensueño y á luna,
dormita una ambigua pereza moruna...

Por las celosías, al jardín abiertas,
entra la frescura de los surtidores,
y el viento nocturno deshoja los cantos de los ruiseñores
sobre los perfumes y las palideces de las rosas muertas.

Tu estancia se ha hecho,
para que en sus ángulos, que á la luna tienen blancuras de
[lecho,
vengan los que heridas de amores sufrieron, su herida á
[curar...

¡ Oh, inclinar la frente sobre un blanco pecho,
olvidarlo todo, cerrar las pupilas... y no despertar!

Perfuma la noche tu tibia fragancia
carnal. En tu estancia
olorosa á nardos, á sedas, á ensueño y á luna,
dormita una ambigua pereza moruna.

V

Por las miserias de la vida
 hemos pasado como un vértigo
 de amor, las manos enlazadas,
 los labios juntos en un beso,
 tejiendo con las realidades
 guirnaldas para nuestros sueños.

¿Dónde plegamos nuestras alas?
 ¿Sobre qué arbusto todo lleno
 de blancos cálices, lanzamos
 nuestras canciones á los vientos?

Era una luz de primavera :
 brillaba el mar como un espejo ;
 los minaretes relucían
 entre floridos limoneros,
 y en el extremo de una rama
 nos encontramos sin quererlo.

Después, he visto en tus pupilas
 pasar visiones del desierto ;
 desfilan lentas caravanas
 de melancólicos camellos,
 y entre el verdor de las palmeras,
 en los espasmos del deseo,
 brillar — marfiles rechinantes —
 los blancos dientes de los negros.

Alguna vez sobre los mares,
 bajo el fulgor de los luceros,
 nos detuvimos en los mástiles
 de algún romántico velero,
 viendo en la quilla á los amantes
 que conversaban en secreto,
 y de sus labios aprendimos
 las dulces músicas del beso...

¿ Á dónde vamos? Nuestras alas
apenas pueden sostenernos...
¿ Ya no recuerdas aquel nido
abandonado en el alero
de la casita que blanquea
entre floridos limoneros?

GACELAS

A Sofia Casanova.